

# La Primera Nevada de Invierno

Cinthia Méndez



La Primera  
Nevada  
de Invierno

**Cinthia Méndez**

# Capítulo 1

## La Primera Nevada de Invierno

*«Volveré, si comienzo a extrañarte...»*

Esas fueron las últimas palabras de Ali, antes de que abordara el avión con destino a una muerte sin dejar rastro, en el vuelo 370 de Malasia Airlines. Si hubiese podido imaginar que no volvería a verla, jamás hubiese cambiado mi lugar con ella. Hubiera partido yo, de este mundo, liberando a todos de mi existencia, de mi locura enfermiza y de mi obsesión infinita por traerla de vuelta.

Éramos felices, los tres: Allison, Ulises y yo, los mejores amigos del mundo, desde nuestra infancia, siempre juntos, en las buenas, en las malas y en las artes visuales.

Más allá de toda especulación o ínfulas de superioridad, mi destreza, desde el principio, fue la más oscura de todas. ¡Pretenciosa! ¡presumida! ¡ivana! ¡hueca! Tan maldita que, al poco tiempo de perderla a ella, me alejó de él también. Pero, lo amo y lo comprendo. Entiendo que crea que estoy fuera de mí. Sin embargo, la habilidad con la cual nací sin pedirlo, es todo lo que me queda de mi pasado de artista. El único motor que me impulsa a no desfallecer en mi búsqueda de la paz interior.

Bueno, también me queda Nala, la mascota de Ali, una regordeta chihuahua de ojos enormes, que se ha quedado muda desde que entendió que su ama no volverá con nosotros. La única que al igual que yo, sería capaz de reconocerla si nos reencontráramos los tres en otra vida. Por eso, me he mudado al lugar donde he creído que quedó impregnada la esencia de sus últimos días. Justo al mismo, pequeño apartamento de dos habitaciones, donde ella vivía a las afueras de la ciudad de Kuala Lumpur, lugar de donde despegó el Vuelo 370.

Este, se ha convertido en mi refugio apartado del mundo o, quizá, con todo lo que me ha pasado, ya debería haber aprendido a ser más honesto y decir que, es mi nuevo taller de arte, mi bóveda escondida en donde guardo la más hermosa genialidad que mis manos hayan podido modelar. Por este glorioso conocimiento, nos esforzábamos tanto por ganar la beca para venir a estudiar a Malasia, porque, sabíamos que el mejor ambiente de la educación terciaria de Asia, se encontraba aquí. Sin duda, el orgullo y la fascinación que siento por mi prohibida creación, es fruto de las antiguas técnicas milenarias que han pasado de generación en generación en esta preciosa cultura y, que han logrado desarrollar al máximo mis

habilidades manuales.

La veo, la contemplo, la abrazo y coloco a la delicada muñeca de silicón sobre mi cama, cada noche, para sentirla a mi lado mientras duermo. Es ella, pero, le falta algo. Carece del alma que se ha ido al más allá y aún se encuentra perdida. Aun así, la he modelado con suma precisión en todos los rasgos que se quedaron grabados en mi memoria de quién era. Es imposible, después de veinte años de conocerla, equivocarme en algún detalle.

Pequeña, blanca y fría, como los delicados y livianos copos de nieve que Ali esperaba ver caer con ansias cada año. Un acontecimiento de tal importancia para ella, que, desde mis memorias más lejanas de nuestra infancia juntos, la recuerdo vigilando el recubrimiento del celestial manto sobre las majestuosas montañas, muchos días antes de que esta bajara a la ciudad.

Ulises y yo, aguardábamos, hasta que la escuchábamos gritar desde el jardín de la academia de Bellas Artes: «¡la primera nevada de invierno ha llegado!».

¿Por qué crear un cuerpo vacío, para calmar el profundo dolor de su ausencia y, sosegar mi temor a dejarla perderse en el olvido? Porque no pude, ni podré, aceptar la muerte de alguien cuya tumba se encuentra igual de vacía. Así es, de los doscientos veintisiete pasajeros y una tripulación de doce personas, que viajaban en el Vuelo 370, de Malasia Airlines, elde Ali, fue uno de esos cuerpos que no pudieron ser recuperados.

Por eso, porque me niego a aceptar su muerte, sin tener una prueba palpable, hoy, que cinco años después de ese accidente, he conseguido casi acabar mi obra maestra. Si tan sólo tuviese una prenda suya para colocársela encima, eso le aportaría vida a mi amiga de silicón.

El timbre suena, me sorprende, pues no he recibido ni una sola visita desde que abandoné todo para venir aquí. Salgo de mi habitación y voy a la sala para averiguar quién puede ser. Al abrir la puerta descubro que es Ulises, quien ha conseguido encontrarme. Eso significa, que aún no ha dejado de amarme o, que quizá, me ha perdonado por lo que hice.

—Ni una sola llamada... —me reclama de entrada y aprieta sus puños con rabia, dejándome notar que una de sus manos carga lo que parece ser un regalo, que, a juzgar por su enojo, pareciera que no cree que merezco recibir.

—¿Qué haces aquí, Ulises? —le pregunto, intentando ocultar lo feliz y conmovido que me siento por tenerlo frente a mí otra vez. Mientras se queda en silencio, mirándome directo a los ojos, indignado por atreverme a hacer una pregunta tan estúpida y, quizá, juzgándome, aguardando por la oportunidad de caerme a golpes.

Tiemblo por lo sorprendido que estoy de que mi corazón todavía sea capaz de sentir estos sentimientos por otro ser humano. Pero, aunque valoro su esfuerzo para encontrarme y venir hasta aquí, no escuchará de mi un «lo siento».

—Ha oscurecido y hace frío afuera —es mi manera más gentil de invitarlo a pasar. Él se traga su orgullo, acepta humilde mi invitación y pasa a la sala—. Toma asiento, prepararé té de jazmín para los dos.

—¡Entonces! —exclama para obligarme a que me detenga— ¿Eso es todo lo que vas a decirme, después de cinco años de no vernos? —parece que desea continuar con los reclamos, pero lo ignoro y entro en la cocina— ¡Te estoy hablando! ¡Al menos dame una excusa que valga la pena! ¡O busca la manera de disculparte, conmigo!—. Al ver que no me inmuta, viene a buscarme— ¡Ariel! ¡No te hagas el sordo! ¿Sabes lo preocupado que estuve por ti todo este tiempo? ¡Los verdaderos amigos no desaparecen sin decir a dónde van!

—Pensé que alejarme sería lo mejor para todos —le confieso y me percato de que ha traído el regalo con él.

—¿Para todos o para ti? ¡Sigues siendo tan egoísta, como siempre! ¡Incapaz de ponerte en los zapatos de los demás! ¡Eres un desconsiderado! Un... —Ulises se detiene al escuchar el rechinar de la puerta de mi habitación— ¿Estás... con alguien? —me pregunta preocupado y al ver a Nala salir de mi cuarto, comprende enseguida que no tengo necesidad de responderle— ¿Nala...? —no puede evitar arrodillarse ante ella para acariciar su cabeza. La toma en sus brazos y se pone de pie.

Las aguas parecen haberse calmado, hasta que ve hacia el fondo de mi

cuarto.

—¡Allison! —dice con la voz ahogada en incertidumbre. De inmediato, se da la vuelta para confrontarme—. Ariel... pensé que habías desistido de eso.

—Somos diferentes —le respondo—. Tú eres el que aceptó su muerte, y yo el que intenta superarla.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué fue lo que acepté, sino la realidad? Tú... tú...— Ulises respira profundo. Al parecer, ha comprendido que no vale la pena discutir conmigo. —Yo, quería verte, decirte que... —hace otra pausa, parece arrepentido de algo. Sin embargo, después de unos segundos, se ve que está listo para continuar—. Necesitaba entregarte este paquete —me dice, colocándome la bolsa casi en la cara para que la tome y, para no ser descortés, eso es justo lo que hago—. La mamá de Allison me pidió que te lo diera si conseguía encontrarte. Creo que te servirá. Bien, ya te he visto. Sé que estas bien. Así que, me voy. Si algún día decides volver, avísame e iré por ti al aeropuerto.

—Gracias —le digo, sabiendo que desea que le pregunte ¿qué era lo que venía a decirme, en realidad? Es lógico que no viajó miles de kilómetros para traerme un regalo de otra persona, pero su respuesta podría provocar que lo arrastre conmigo a la oscuridad en la que vivo. Algo que, por su bien, jamás haría. Ulises sabe que no voy a detenerlo, así que, se despide con una deslumbrante sonrisa que casi consigue engañarme, si no fuera porque su mirada enfocada en la nada, descubre ante mí su cobardía al aceptar siempre lo que yo decido para ambos.

De repente, me entra la duda y siento una guerra de emociones en mi interior que me tientan a correr para cerrarle la puerta antes de que salga al jardín, pero con madurez, me mantengo firme en mis convicciones, creyendo que lo mejor es que esté lo más lejos posible de mí, si quiere ser feliz.

Ya a solas, pasada la prueba, abro la caja y me encuentro con un deslumbrante vestido de encajes blancos y una nota que dice:

«Querido, Ariel:

Por consejo de mi psiquiatra, hice un esfuerzo por desprenderme de todas las pertenencias de Allison, pero no pude deshacerme de este vestido, era su favorito. Lo compró para usarlo el día de su compromiso. Andrés y yo, siempre supimos que el compañero que nuestra hija había elegido eras tú. Por eso, creí que debías conservarlo.

Besos, Amanda»

Mis ojos se humedecen porque he conseguido, sin el menor esfuerzo, la pieza que le faltaba a mi rompecabezas.

Lo saco de su empaque, dejando la bolsa y los cartones sobre el suelo, y lo llevo a mi cuarto. Se lo coloco a la muñeca para después, recostarla otra vez sobre la cama. Me acomodo a su lado. La certeza de que mi obra está terminada me devuelve un poco de la paz que tanto buscaba. Nala nos ve, se acerca a nosotros y a pesar de su gordura, alcanza a subir de un solo salto al colchón. La olfatea, lame su rostro y creo ver lágrimas de felicidad asomándose por sus ojos. Sin más, ambos nos quedamos dormidos a su lado.

Horas más tarde, un par de ladridos interrumpen mi descanso. Abro los ojos y me doy cuenta de que ha amanecido. Los ladridos se repiten y un sobresalto me golpea en el pecho.

—¿Nala? —la llamo preocupado. Me levanto de la cama, corro hacia la sala, abro la puerta y veo hacia el jardín. La imagen frente a mí me hela la sangre. Ahí, a unos veinte pasos de distancia, al compás del viento, veo las ondas de destellantes cabellos dorados moverse con suavidad y delicadeza aun mismo ritmo, con los finos encajes de aquel vestido blanco que me entregase Ulises la noche anterior. No puedo hablar, tampoco moverme, pero al sentir las caricias frías de los copos de nieve sobre mi rostro, mi corazón se desborda de emoción por correr a sus brazos. Entonces, la escucho decir:

—Ariel, *la primera nevada de invierno, ha llegado...*